

V Centenario

*Héctor Ricardo Puerta **

En la noche del 1 al 2 de enero de 1492, una expedición de avanzada, formada por quinientos de a caballo y cuatrocientos peones, con espingarderos y lanceros, al mando del comendador mayor de León Gutierre de Cárdenas, con presencia fundamental de los contingentes de Jaén, Ubeda y Baeza, como reconocimiento a su destacada participación en la campaña, se adentra y posesiona de la Alhambra.

Tres cañonazos disparados a la salida del sol advirtieron a Santa Fe del feliz cumplimiento de la misión. Hacia las tres de la tarde del lunes, 2 de enero, Boabdil "con el rostro y semblante triste, aunque mostraba ánimo de varón" saludó con respetuosa dignidad al rey Don Fernando y al tiempo de entregarle las llaves, dijo:

-Señor, éstas son las llaves de vuestra Alhambra y ciudad; id, señor, y recibidlas.

Se acepta el día 6, celebración de Reyes, como fecha de la toma solemne de Granada por los Reyes Católicos.

Con riqueza de variantes de detalle y profusión exquisita de pormenores, copiosas fuentes históricas dan noticia precisa de aquel suceso, "bisagra de la historia nacional", en decir de don Ramón Menéndez Pidal. Un acontecimiento anticipado por un matrimonio que no se hizo por efecto de inopinado azar sino por el avance de un proceso histórico, porque, como advierte el propio historiador, lo fortuito en el matrimonio intuitivo de 1469 fue el haber existido una muchacha de diecisiete años capaz de apasionarse por viejas aspiraciones históricas; pero si Isabel hubiera cedido a las imposiciones de un enlace portugués o francés o si Germana de Foix hubiese dado un nuevo rey de Aragón, por uno u otro camino, Castilla y Aragón no hubieran dejado de cumplir en breve su secular aspiración unitaria. Porque como Antonio de Nebrija -otro genial forjador de la unidad por el cimiento espiritual de la lengua- escribía a la Reina Isabel: "Por la industria, trabajo y diligencia de Vuestra Real Majestad, los miembros y pedazos de España se redujeron y ajustaron en un cuerpo y unidad de reino, la forma y trabazón del cual así está ordenada que muchos siglos, injurias y tiempos no la podrán romper ni desatar".

Faltaba el epílogo navarro, consumado por la enérgica lucidez renacentista de Fernando el Católico en 1512 y formalizado jurídicamente en las Cortes de

* Director de la Escuela de Historia de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador; Director de Cátedra Extracurricular "Arte y Cultura en la Historia de América y España" de la U.S.

Burgos de 1515. Pero esta precisión -los lazos de Navarra en 1492 con lo que empezaba a ser la España unida eran ya muy estrechos- no mengua el valor simbólico de la toma de Granada como liquidación del anacronismo del reino musulmán peninsular y restauración del ideal neogótico que, como heredero del concepto romano de Hispania, había perdurado inequívocamente en todas las monarquías peninsulares, consideradas solidariamente continuadoras de la monarquía visigótica. Los aportes musulmanes, tan significativos desde el punto de vista cultural y tan definidores del perfil espiritual, se perciben como alienígenas desde la perspectiva restauradora histórico-política.

España acaba de traspasar el dintel del V Centenario de su existencia como Estado-nación moderno -una de las más precoces creaciones de esta naturaleza en el panorama de la comunidad mundial.

La vinculación entre la unidad nacional y la epopeya americana es tan estrecha que no habrá modo de referirse a ésta sin que salte de inmediato la evocación de aquélla. No en balde el propio Colón, en el prólogo de la relación de su primer viaje, recuerda a los Reyes como, "después de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa, a dos días del mes de enero, vide poner las banderas reales en las tierras del Alcázar". Y ni el descubrimiento ni la abrupta emergencia de España como potencia en el concierto europeo, ni las profundas reformas constitucionales internas de los Reyes Católicos hubieran sido posibles sin la unidad nacional, aún modulando el concepto a la luz de las concepciones jurídicas y territoriales propias de la época.

"Se cerraba así, nos dice Don Julián Marías, el largo proceso histórico que había empezado en el 711. La invasión islámica del reino visigodo había sido sentida como 'la pérdida de España'. Y continúa Marías: "el proyecto histórico de los cristianos recluidos en las tierras del Norte, que consideraban aquella dominación como inaceptable y, lo que es más, como un contratiempo pasajero, fue la reconstitución de la España perdida, irreal y que fue la mente permanente de toda la Edad Media: la "reconquista de España" y finaliza diciéndonos el ilustre filósofo: "Por eso es evidente, que por grande que haya sido en España la influencia de árabes y bereberes, en otro sentido es la nación más europea de todas; porque las demás lo son sin más y no pueden ser otra cosa, mientras que España "quiso" contra todas las circunstancias, ser cristiana, y eso quería decir europea y occidental, no musulmana y de cultura y lengua árabe, como todos los países en el Norte de Africa. España, occidental, con sus íberos y celtas romanizados, ya había dado al Imperio romano emperadores de Itálica, junto al Guadalquivir, como Trajano y Adriano. Filósofos y poetas como Séneca, Marcial y Lucano. Y luego estará Teodosio, tratando de salvar al Imperio con una inútil división. Y por último nos brindará España los mártires, testigos de la "buena nueva" predicada por tantos y sobre todo por San Pablo y Santiago.

Y esa España, europea, occidental que tanto había dado al resto del conti-

nente contribuyendo al primer renacimiento, que es el de la corte de Carlomagno, con aquellos isidorianos españoles como Félix de Urgel y Teodulfo, que llevaron allí las primeras hojas del docto laurel meridional para enguinaldar con él la corona del Emperador. Esa España que había contribuido al segundo renacimiento que es el del siglo XIII, con la Escuela de Traductores de Toledo, por la que pasó a Aristóteles antes de llegar al centro de Europa, a bautizarse en la celda de Santo Tomás de Aquino.

Esa España que llegó a aquella fisura de Edad Media y Renacimiento, dotada de un poder de síntesis y de asimilación superior al de ninguna otra nación europea.

Esa era la España de fines de siglo XV que ya asombraba al mundo con Gonzalo de Córdoba "el Gran Capitán" en las guerras de Italia al revolucionar el arte militar. La que asombraría al mundo en los siglos siguientes. A través de su pueblo que desde 1492 -o 1512-, con buena o adversa fortuna, asturianos, gallegos y leoneses de los protorreinos del noroeste peninsular; veterocastellanos de las merindades foramontanas; castellanos tempranos de la Rioja, nuevos de La Mancha y Extremadura, novísimos de Andalucía; murcianos; vizcaínos del Señorío, guipuzcoanos y alaveses; navarros; aragoneses, catalanes, balcares y valencianos del Reino de Aragón; canarios, desde las postrimerías del XIV; ceutíes y melillenses, perduración admirable de la provincia hispano-tingitana del imperio romano, vienen compartiendo un mismo destino histórico y siendo percibidos desde fuera en su común identidad nacional de españoles.

Y España, en aquel momento contra todo lo que se dijo no rechaza intolerantemente nada, sino que asimila progresiva y gozosamente. No rechazará la reforma sino que hace una reforma suya dentro de la ortodoxia, que es la del Cardenal Ximénez de Cisneros, la de Santa Teresa de Jesús, la de San Pedro de Alcántara, la de Ignacio de Loyola, la del Concilio de Trento, que es eminentemente español.

Es la España de los siglos XVI y XVII que desde Alaska al Cabo de Hornos realizará una empresa no superada por ninguna otra nación europea. Y desde el Atlántico al Pacífico y de éste al Índico para regresar al Atlántico realizará "la empresa más audaz de la humanidad" en palabras de Stephan Zweig.

Es la España que no rechazará el Renacimiento, sino que hace un Renacimiento suyo en el que reelaborando con un sentido nuevo y renacentista las esencias medievales, el romancero se convierte en teatro y la cristiandad se convierte en Imperio y la Escolástica en "Derecho de Gentes". Son los momentos también del "siglo de oro" español alumbrando al mundo entero.

Este V Centenario de la unidad profunda, inalterable, fecunda, ilimitada de la Patria Española, unidad que ya fuera "cantada" en los días amargos de 1704 y 1713; en los días dramáticos de 1808 y 1812; en los días lamentables de las guerras entre hermanos, para volver a los muy amargos y muy dramáticos del "98".

A España se le planteó la razón de justificar el vivir colectivo de sus pueblos y de explicar las causas de su continuo maltrato por la Historia. Hombres como el "nobilísimo poeta" catalán Juan Marragall, Azorín del Levante, andaluces los Machado; Valle Inclán, gallego y la impresionante trilogía vasca: Miguel de Unamuno, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu.

En las poesías de Don Miguel de Unamuno, España había recuperado el pulso de sus paisajes: Vizcaya fue el terruño entrañable; Castilla, el sentido de la vida. Y en Ramiro de Maeztu vibraba el verdadero sentido de la Hispanidad.

Por ello, más que nunca los versos del gran poeta catalán, defensor de la unidad española.

Decía Maragall:

"Escucha España, la voz de un hijo que te habla en lengua no castellana, hablo en la lengua, que me ha dado la tierra áspera; en esta lengua, pocos te han hablado, en la otra, demasiados".

Aproximación a una religiosidad popular del Virreinato el Río de la Plata*

Hebe Carmen Pelosi**

I - Introducción

El tema sobre el cual intentamos diseñar unas pocas líneas está en curso de realización. Queremos hoy presentar sólo un manojito de fichas, muy pocas lamentablemente y a pesar nuestro, que nos sirvan para plantear la cuestión de la religiosidad popular en el Virreinato del Río de la Plata referida, en esta primera fase de la investigación, a la ciudad de Buenos Aires. El planteamiento del tema origina una serie de interrogantes que creímos conveniente esclarecer antes de entrar de lleno en su desarrollo.

El primer paso que se impone es el de la delimitación de los términos que de esa manera nos ayude a encontrar una lectura diferente y al mismo tiempo global que nos aporte algunas imágenes de la realidad enfocada como producción social de sentido que puedan complementarse e integrarse con otras del mismo ámbito. Por ello creemos adecuado comenzar nuestro trabajo por una precisión metodológica.

II - Introducción metodológica

Nuestra primera afirmación que se constituye al mismo tiempo en punto de partida es que la religiosidad, o las formas de vida religiosa y sus diversas manifestaciones, nos colocan frente a un fenómeno de naturaleza compleja.

El estudio de la práctica de la religión, cualquiera que ella sea, entraña una problemática interdisciplinaria que podría ser objeto de una elaboración colectiva entre sociólogos, historiadores, teólogos, etnólogos, psicólogos y lingüistas.

Una de las primeras nociones que hay que desechar es la de la homogenei-

* Ponencia leída en las Jornadas en conmemoración del V Centenario - Universidad del Salvador - Bs. As., octubre de 1990.

** Directora de la Cátedra Extracurricular "La religiosidad popular en el Virreinato del Río de la Plata" de la U.S.